

EL MUNDO

Martes, 5 de abril de 2005. Año XVII. Número: 5.593.

OPINION

TRIBUNA LIBRE

El unificador frustrado de la Cristiandad

JAROSLAV PELIKAN

El 3 de junio de 1979, a los pocos meses de que el cardenal Karol Wojtyla se convirtiera en el primer Papa eslavo, se propuso que una de las ideas motrices de su Pontificado fuera un impulso ecuménico: «Este Papa polaco, este Papa eslavo, debía proclamar en este preciso momento la unidad espiritual de la Europa cristiana». Incluso, decía, a pesar de que «existen dos grandes tradiciones, la de Occidente y la de Oriente», con raíces en la vieja Roma y «en la nueva Roma, Constantinopla».

El Papa pronunció estas palabras en un momento en el que todos los pueblos eslavos, fueran ortodoxos o católicos (o protestantes), estaban sometidos a la tiranía atea del marxismo-leninismo. Una de sus más importantes contribuciones a que esta idea se hiciera realidad fue la de ayudar a poner en marcha en su Polonia natal, aunque con un efecto multiplicador a lo largo y ancho del imperio soviético, unos poderosos estímulos mentales y espirituales (y del Espíritu con mayúscula) que terminarían por echar abajo los muros y hacer caer los regímenes. La importancia relativa de su aportación en comparación con la perestroika de Mijail Gorbachov y con la posición de Ronald Reagan contraria a la más mínima contemporización seguirá siendo objeto de debate por muchos años entre los historiadores. En cualquier caso, él sí que supo dar respuesta, por una curiosa forma de ironía divina, a la pregunta atribuida mucho tiempo antes a Stalin: «¿Cuántas divisiones tiene el Papa bajo su mando?». El renacimiento espiritual de todas las iglesias de la Europa eslava, que continúa imparable incluso en estos mismos momentos, es una de las grandes consecuencias de esta revolución.

Su idea de la unidad espiritual ha conseguido importantes progresos en el caso de varias de las iglesias orientales. Con la Iglesia Asiria de Oriente, la tradicionalmente conocida con el nombre de Iglesia Nestoriana, firmó en 1994 una declaración en la que se acordaba que «las polémicas del pasado han llevado a anatemas» y que «las divisiones producidas por esta vía se han debido a malentendidos». Dos años después, en 1996, firmó una declaración parecida con el catolicado de Karekin I, de la Iglesia Ortodoxa Apostólica de Armenia, en la que reconocía que «factores lingüísticos, culturales y políticos han contribuido enormemente a la aparición de divergencias teológicas que han

encontrado su expresión en la terminología de formulación de sus doctrinas» y en la que manifestaba que compartía «la esperanza y el compromiso de recuperar la más completa comunión con ellos». Ha habido diversas expresiones, dignas de mencionarse aquí, de caridad mutua y de visitas respetuosas entre este Papa y Bartolomé, el patriarca ecuménico de Constantinopla, lo suficientemente cordiales para recibir las críticas de algunos elementos de varias iglesias ortodoxas más proclives al aislacionismo.

En estos procesos de reconciliación, los progresos más escasos se han registrado en las relaciones con la Iglesia Ortodoxa Rusa. El final del régimen comunista ha traído consigo un renacimiento de la rivalidad y de las recriminaciones mutuas que han estado desgarrando la Europa eslava en todo momento desde que los santos Cirilo y Metodio de Tesalónica consiguieron su conversión al cristianismo hace más de un milenio. Beda el Venerable consiguió para el Evangelio el mérito de unificar a los pueblos de Bretaña pero nosotros, los eslavos, somos el único pueblo que se ha visto dividido por el Evangelio, entre seguir a Cirilo y Metodio en su adhesión a Constantinopla (y, por tanto, a la liturgia eslava y a las iglesias nacionales autónomas) o seguirles en su apelación a la autoridad del obispo de Roma (y, por tanto, a la liturgia latina y a la autoridad centralizada del papado).

Los búlgaros, los rusos, los serbios y los ucranianos optaron por la primera alternativa mientras los croatas, los checos, los polacos y los eslovacos se inclinaron por la segunda. El intento más ambicioso de cicatrizar este cisma se produjo en 1596, con la Unificación de Brest, en virtud de la cual varias diócesis de la Iglesia de Ucrania aceptaron la autoridad del papado al mismo tiempo que conservaban su propia liturgia y su derecho canónico. Sin embargo, quienes se sumaron a esta unión (conocidos despectivamente por los ortodoxos como los uniatas) han representado asimismo un importante foco de rencillas entre Oriente y Occidente. Despiadadamente perseguidos por Stalin y obligados a reunificarse a la fuerza bajo el patriarcado ortodoxo de Moscú, los uniatas sólo han recuperado su libertad y sus propiedades después de la caída del comunismo.

No obstante, como consecuencia de estos enfrentamientos tan recientes a propósito de sus bienes y, más en general, a consecuencia de las tácticas embrolladoras procedentes de todos los lados sin excepción, se han visto confirmadas las viejas sospechas de cada cual. Al cabo de décadas de abandono (y de cosas peores), estas iglesias estaban en trance muy grave de desaparecer pero, ¿de quién era la responsabilidad de recuperarlas para el culto? ¿De los ortodoxos o de los católicos griegos? Como en cualquier disputa que venga de antiguo, resulta imposible volver a situar las cosas en su statu quo anterior y proceder al reparto de las culpas.

Para el Papa, ya mayor, este enfrentamiento fue una fuente inagotable de congoja. Tal y como me confió personalmente en Castelgandolfo algunos meses

después de que me admitieran en el seno de la Iglesia ortodoxa, él siempre había estado convencido de que, desde el mismo momento en que se produjo el cisma de 1054, «el cristianismo occidental ha estado respirando con un solo pulmón». Ahora bien, lo que estaba diciendo con eso es que ¡lo mismo había ocurrido con el cristianismo oriental! Cuando ha quedado demostrado que se puede negociar la inmensa mayoría de los puntos históricos de división entre el uno y el otro (incluso una cuestión doctrinal de capital importancia como la del origen del Espíritu Santo) y cuando en la encíclica *Ut Unum Sint* (Que sean uno) este Papa planteó abiertamente para su debate la cuestión de la primacía papal, no se puede menos que experimentar la sensación de que todo el mundo ha dejado escapar una magnífica oportunidad.

Los cismas, como los divorcios, tardan mucho tiempo en desarrollarse; y las reconciliaciones, todavía más. Supondrá toda una celebración del legado del papa Juan Pablo II y una respuesta a sus plegarias (y a las de todos los cristianos, empezando con las del propio Señor) que las iglesias oriental y occidental sean capaces de generar las dosis necesarias de caridad y de esfuerzo sincero para seguir trabajando con el objetivo de que llegue el momento en que ambas sean una sola.

Jaroslav Pelikan es profesor emérito de Historia de la Universidad de Yale y autor de la obra de cinco volúmenes titulada *The Christian Tradition* (La tradición cristiana).

© Mundinteractivos, S.A.